

CAPÍTULO IX

Situación religiosa de la Banda oriental. — Los vicarios apostólicos. — Un jefe militar instituye uno y lo manda reconocer. — Clero extranjero. — Desórden. — Educación pública. — Colegios. — Sociedades secretas. — Expulsión de los jesuitas negociada por aquellas. — Propaganda protestante entre las mujeres. — ¿Qué ganó el Uruguay sancionando la libertad de cultos?

« El sentimiento moral y religioso es el mejor auxiliar de la civilización, del progreso y de las mejoras de todo género. » Leyendo esta aserción que escribía un literato oriental (1) y considerando lo que pasa en la república del Uruguay, pudiera muy bien decirse que á la falta del elemento religioso es debida la plaga dolorosa que pesa cruelmente sobre aquel país desgraciado. En todas las colonias españolas sacudidas por la revolución, el espíritu religioso experimentó una fuerte depresión, mas en ningún otro territorio de América fué aquella tan sistemática ni tan obstinada como en las provincias que riega el río de la Plata. Por una parte, los hombres colocados al frente de los negocios llevaban al poder pre-

(1) Don Alejandro Magariños Cervantes, *La Iglesia y el Estado*, cap. 1.^o.

venciones injustas y errores funestos cuyos efectos hacían sentir de mil modos al pueblo que gobernaban, y, por otra, ese mismo pueblo no estaba prevenido para conocer los lazos que los administradores del poder tendían á su fe procurando su ignominiosa apostasía. Segregada la provincia del Uruguay de las otras que formaban el inmenso territorio sujeto al virey de Buenos Aires y constituida en Estado independiente, Montevideo su capital ofreció asilo á los que emigraban de aquellas. Desgraciadamente, una parte considerable de los refugiados profesaba principios erróneos adquiridos en el estudio de la filosofía del siglo diez y ocho y los esparcieron en el país que les dió asilo. Puestos algunos de ellos á la cabeza de la instrucción pública y llamados otros para servir de maestros en colegios establecidos por especuladores, los propagaron entre la juventud con perjuicio de la religión y de la moral pública.

La libre importación de libros de todo género fué el caballo de batalla de que se sirvieron con éxito aquellos propagandistas. Las producciones mas absurdas que abortó la filosofía del siglo pasado, esas mismas que arroja la Europa de su seno como hijas espúreas de la pasión y del engaño, fueron recibidas en Montevideo y Buenos Aires con loco entusiasmo; eran buscadas con preferencia á todos los otros libros; eran leídas por toda clase de personas, y el veneno que aspiraban sus lectores no tardó en producir también sus efectos naturales en el cuerpo social. En vez de las creencias que transmitieron á sus hijos, como preciosa herencia los esforzados

conquistadores del Rio de la Plata, la irreligion se dejó traslucir por primera vez, turbando la paz del hogar doméstico. Robustecida luego por los prosélitos que le ganaban sus primeros adeptos, apareció sin rebozo ocupando su puesto en los bancos de la legislatura y en los consejos del poder ejecutivo. Los ciudadanos que contemplaban en su fe el mejor baluarte de sus instituciones y de su nacionalidad, condenaron mil veces la conducta del gobierno que consentía aquellas maquinaciones sacrilegas que se tramaban contra las creencias del pueblo; pero muy pocos han sido los hombres de corazon que en las repúblicas americanas han querido oír la voz de los pueblos y respetar su voluntad. El pueblo es para los que mandan *nada mas que un fantasma*, y un fantasma no puede ciertamente ser oído ni ménos respetado. Apoderados del gobierno, casi siempre los mas atrevidos y ménos á propósito para mandar, no han hecho mas que imponer á la nacion la voluntad ó los caprichos de sus favoritos y consejeros. Sin las cualidades necesarias para gobernar, sin conocer los derechos ni las necesidades de sus gobernados y sin cordura para satisfacer las exigencias de los pueblos á medida que vaya siendo necesario, no tuvieron otra aspiracion que constituirse en remedos de los gobiernos liberales de Europa. Sus primeros ensayos fueron insultar groseramente á las leyes existentes, vejar la conciencia de los ciudadanos y conculcar los principios que sirven de base á la sociedad entera. La consecuencia fué la que naturalmente debia seguirse: la anarquía. Consecuencia que ha colmado de miseria y anegado en llanto á millones

de hombres que, al iniciar una revolucion llena de porvenir, se lisonjeaban ganar para la patria nombre glorioso entre las naciones civilizadas. Los que dictando leyes impías se proponían formar ciudadanos sin fe y organizar Estados sin religion, se encontraron luego en cáos: rota la barrera que contiene en su justo límite las pasiones de los ciudadanos, se desbordaron estas y la república y el mundo todo presenció espectáculos tales que avergüenzan á los pueblos en cuyo seno pasaron.

Todos aquellos elementos de mal, graves de por sí, lo eran en Montevideo tanto mas, cuanto que de parte de la Iglesia muy poca resistencia podían encontrar los tiros audaces asestados contra el santuario. Emancipado el Uruguay del resto de la Confederacion Argentina, se emancipó tambien su clero del obispo de Buenos Aires; y un vicario sin carácter episcopal, nombrado por el Nuncio de la Santa Sede en el Brasil, entró á llenar las funciones de prelado diocesano. El gobierno civil que «no podía permitir á la autoridad eclesiástica de una república extraña ejercer acto alguno de jurisdiccion en el territorio oriental,» ha visto impasible á los doscientos mil católicos que pueblan la república oriental, privados de pastor durante medio siglo y entrar en el cargo de vicario muchas veces á hombres que no eran aptos para desempeñarlo. A este desorden se debe la carencia absoluta de clero nacional que allí se nota. Unos pocos emigrados de España y de Italia son los sacerdotes que administran las parroquias y distribuyen los sacramentos á los fieles que se acercan para recibirlos. No hay colegio alguno ni seminario en que puedan formarse los jóvenes

llamados al sacerdocio, así es que ninguna esperanza existe por ahora de que el clero pueda ser en aquella república el que conviene á los intereses de la fe y de la sociedad. Esta no puede exigir al sacerdocio esos servicios nobles y desinteresados que presta en todos los países de la tierra, porque de su seno nacieron las disposiciones hostiles á su ministerio que produjeron la falta de acción que en él se nota. Unos funcionarios que se cambian con facilidad, que carecen á los ojos del pueblo que dirigen de la augusta dignidad que requieren las funciones que están llamados á desempeñar; sin medios para atender á las urgentes necesidades materiales y morales de sus gobernados, están imposibilitados ciertamente para llenar el cargo que el divino Salvador confió á sus pastores al encomendarles que apacentasen su grey. Mas la responsabilidad de los males infinitos que de semejante desorden se siguen no pesa sobre ellos, sino sobre el poder que les ata las manos para obrar como conviene á los intereses religiosos y sociales.

El poder civil, en momentos de aberración, ha pretendido apropiarse el nombramiento de vicarios apostólicos. Cuando á la muerte de un anciano ciego, que por muchos años habia ejercido la jurisdicción, reunidos en la Union los párrocos mas vecinos trataban de nombrarle sucesor, el general Orive les oficiaba conminándoles á elegir para ese cargo el sugeto que él acababa de señalar. Pretension tan absurda no habria quizá recibido la justa repulsa que merecia, á no haber existido entre los eclesiásticos reunidos algunos que protestaron del modo mas enérgico y solemne contra atentado semejante.

Conforme parece al decoro de un Estado soberano é independiente, que en su territorio existiese al ménos un obispo para socorrer las necesidades de doscientos mil católicos; pero esto no sucede en Montevideo é inútiles han sido los recursos que para estimular al gobierno á pedirlo á la Santa Sede han hecho respetables ciudadanos; inútiles las súplicas de los vicarios apostólicos que palpan la necesidad de establecer en la república la administración eclesiástica tal cual lo dispone el derecho, é inútil en fin el convencimiento que abrigan todos de que el atraso que se nota en lo que concierne á lo espiritual, no podrá variar sino cuando la jurisdicción eclesiástica sea administrada del modo que ordena la Iglesia misma. Una de las necesidades mas urgentes de la Banda oriental es tener un clero nacional adornado de las virtudes que exige el sacerdocio cristiano. Un clero que con el ejemplo y la palabra promueva la reforma moral del pueblo, que instruya á este en sus deberes, se ponga á la cabeza de la instrucción primaria, destierre los abusos numerosos que una prolongada guerra civil ha introducido en la disciplina y que, en fin, con su celo y pureza de costumbres restituya á su clase el lustre y la dignidad que le son propios. Mas ese clero no podrá existir sino por la acción de obispos vigilantes é ilustrados que apliquen todo su conato á erigir los seminarios que deben producirlo. Ya hemos indicado que los eclesiásticos que existen en la Banda oriental, casi en su totalidad son europeos y añadiremos ahora que no pocos pertenecen á los que participaron de las ideas políticas que tan graves trastornos causaron en Europa en 1848. Esta circunstancia

explica perfectamente la razon por qué en Montevideo se han hecho suntuosos funerales para honrar la memoria de personas que para los buenos católicos no podrán ser mas que objeto de compasion, y por qué en la cátedra sagrada fueron alguna vez llamados *héroes* los que estaban á la cabeza de la revolucion manchada con borrones mas negros de cuantas sucedieron en Europa. Los traidores que derribaban de su trono al Papa que les acababa de dar constitucion y libertades; los que ponian á la órden del dia el puñal alevoso contra ciudadanos indefensos y sancionaban asesinatos tan horribles como los perpetrados en San Calisto, no pueden ser llamados héroes sino por hombres que desconozcan las leyes de la naturaleza y los principios del cristianismo. El sacerdote que elogie á los autores de hechos tan repugnantes en la cátedra de la verdad, profana su ministerio, porque se burla sacrilegamente de los principios de justicia y de fe que son la base de la religion en cuyo nombre habla al pueblo; mas los que estando encargados de celar el decoro de la casa de Dios, toleran tales profanaciones, son tan indignos de la autoridad que ejercen, como indignos aquellos del sacerdocio que recibieron. A no haber hecho alarde la prensa revolucionaria del Piamonte de estas « *demonstraciones de veneracion y simpatía* » hácia los revolucionarios de Roma, nosotros no habríamos tocado este punto; mucho mas cuando nuestra voz se levanta para reprochar hechos cometidos en el recinto del santuario por los ministros mismos encargados de su decoro.

Tan triste como la situacion de la Iglesia es la enseñanza pública en Montevideo y en los demas puntos de la

república del Uruguay. Divididos los ciudadanos mas ilustrados del Estado en partidos políticos y agitados casi siempre por nuevas crisis, no han tenido la calma necesaria para reunirse y establecer las bases de la instruccion que en un próximo porvenir fuera elemento poderoso de felicidad social. Descuidada sumamente la enseñanza primaria, pocos son en los pueblos y ménos aun en la campiña los que saben leer, viviendo casi todos en ignorancia vergonzosa de su noble destino sobre la tierra.

Tal situacion de la Iglesia, mala de por si, se ha empeorado aun mas con la expulsion de los PP. jesuitas que, en medio de contradicciones sin cuento, ejercian su ministerio apostólico en Montevideo y la enseñanza en su colegio establecido en Santa Lucía. Estos sacerdotes existian en el territorio oriental no solamente bajo la garantía que la constitucion del Estado otorga á todo individuo que llega allí para ejercer una profesion honesta, sino en virtud de un decreto del gobierno que les concedia establecer la enseñanza con independenciam de todo cuerpo literario. Las lógiás secretas trabajaban con empeño para hacerles salir del país, pero el prestigio que daban á los jesuitas sus virtudes ofrecia al gobierno serios inconvenientes por mucho que desease complacerlas. Sin embargo, aquellas lograron al fin su intento, y tomando por pretexto hechos y opiniones que nada tienen de ilegal, ni de contrario á la moral mas severa, el gobierno dió contra ellos un decreto de expulsion que fué ejecutado al instante. La serie de notas cambiadas entre el ministro de gobierno y el superior de la mision presenta con todos

sus pormenores repugnantes uno de esos actos arbitrarios que jamas pueden cometer los gobiernos sino provocando ellos mismos su ruina. Actos de esta naturaleza son los que desprestigian á los magistrados de América ante los gobiernos extranjeros y atrasan á los Estados infinitamente (1).

Algunos colegios existen en Montevideo y en ellos la instruccion de los jóvenes puede dirigirla todo el que quiera, sin exclusion de persona. La universidad no se ocupa de los maestros de la juventud; de suerte que, teniendo, segun parece, la superintendencia de los profesores y de los estudiantes, tanto aquellos como estos están en absoluta libertad para enseñar y aprender como mejor les agrade. Ya se ha visto á uno de los que por su oficio debia inspeccionar las escuelas, repartir en estas á los alumnos libros vedados y que contienen principios en oposicion abierta con la doctrina católica. Un largo proceso fué necesario para conocer judicialmente este delito, y despues de mil procedimientos su autor quedó impune á pesar de que habia hecho traicion á las obligaciones de su cargo. Ni en las escuelas, ni en los colegios tiene la Iglesia accion directa: parece que con estudio se trata de educar á los jóvenes léjos de cuanto pertenece á la religion ó pueda dirigir hácia esta su pensamiento. Las ideas y las prácticas de la primera edad son las que ordinariamente duran en el hombre de por vida. El descuido en la educacion religiosa es el que ha producido esos ejércitos de ateos y de incrédulos que son la gangrena de nuestro siglo. Ya en la Banda

(1) Nota nº 1 (a).

oriental se perciben los efectos de este verdadero desorden; por todas partes se ven hombres que sin otro título que su osadia desprecian la creencia de los pueblos y ponen en ridiculo las prácticas religiosas que aquella ordena. Sin barrera que les contenga, extienden el proselitismo de la inmoralidad entre los incautos é ignorantes que les escuchan, agravando de esta manera uno de los males que hacen morir á los pueblos y disuelven los vínculos sociales.

Nada nos maravilla en vista de esto el desarrollo que las lógias secretas han recibido en la capital de la república. La prensa sensata ha lamentado en diversas ocasiones este grave mal, y sin embargo ningun freno le ha puesto la autoridad. Celebran reuniones periódicas, tienen acuerdos obligatorios para todos los afiliados y ponen en juego cuantos medios están á su arbitrio para que prevalezcan los intereses y las opiniones de la secta en las cuestiones políticas que dividen el pais; el gobierno no obstante, sin agitarse, mira con indiferencia al áspid temible que abriga en su propio seno. En otros países de Europa y de América donde las leyes imperan con todo su vigor, las sociedades secretas, si existen, es de una manera furtiva y con precauciones para sustraerse de la accion de las leyes que las condenan y castigan. En el Uruguay, donde la legislacion existente veda las sociedades secretas, no solamente existen estas, sino que impudentemente hacen alarde de su actividad.

Yo me encontraba en uno de los grandes hoteles de Montevideo, y fui rogado por el dueño de casa para que le dejase por un dia el salon principal de la ha-

bitacion que ocupaba. Preguntándole el motivo de su extraña petición : « Debe, me dijo, celebrar el 24 del corriente una gran comida la lógia de francasones por el aniversario de su instalacion, y necesito las salas mas capaces de la casa, á fin de que haya lugar para todos los concurrentes. » Esto prueba hasta dónde es pública allí la existencia de tales sociedades. Y no es entre los hombres solamente donde ejercen su propaganda los emisarios de estas, sino que trabajan tambien con empeño para captarse la voluntad de las mujeres procurando afiliarlas, para convertirlas despues en activo agente de sus miras siniestras. Con este objeto se han hecho llegar á manos de muchas libros calculados para retraerlas de las prácticas del catolicismo é inclinarlas á las abstractas y estériles que proclaman sus adversarios.

El protestantismo, descuadrado y ruinoso en Europa, procura buscar asilo en las regiones de América. Vencido en el Viejo Mundo y en los lugares mismos que conquistó con sangre, trata de formar en el Nuevo prosélitos entre los que creerán por moda lo que no respetan por deber. Es digno de notarse verdaderamente lo que hoy sucede en ciertos países de la América española. Cuatro hombres sin fe proclamaron á voz en cuello la tolerancia religiosa y formularon acusaciones vehementes contra la intolerancia católica, motivo, segun ellos, del atraso y de la ignorancia en que yacen tantos millones de habitantes en el Nuevo Mundo. En el Estado del Uruguay tuvieron eco tales palabras y se apresuraron á sancionar la tolerancia legal de todos los cultos. En Montevideo se levantó un templo disidente; la prensa liberal

auguró entónces un porvenir mejor para la Banda oriental; ya le parecía « ver llegar por millones cada dia á Montevideo los emigrados europeos, correr al Uruguay los banqueros, los traficantes y los agricultores para enriquecerle con su industria y su fortuna, y disputando, en fin, la Banda oriental del Río de la Plata á los Estados Unidos de la América del Norte la preponderancia en el Nuevo Mundo. » Así lo creían, olvidándose que es otra muy diversa de la que ellos suponen la causa del atraso y de la degradacion de los Estados hispano-americanos. La falta de principios religiosos en esos mismos hombres que piden tolerancia; el egoísmo mezquino que se trasluce en su proceder; las aspiraciones que los devoran; la conspiracion permanente en que viven contra las autoridades constituidas cualesquiera que sean; su falta de pureza para administrar la cosa pública, ved ahí las verdaderas, las únicas causas de nuestros males. Todas quedan compendiadas en esta : « La falta de religion. » ¿ Qué adelantó la Banda oriental con sancionar la libertad de cultos? ¿ Cesaron acaso su miseria, su postracion y sus inmensos males? No por cierto. Nada ganó la república con sus templos disidentes, fuera de los escándalos que estos ocasionaron cobijando enlaces clandestinos. Las incautas que abandonaron la casa paterna, seducidas por hombres astutos, y celebraron en su recinto un simulacro de matrimonio vedado por las leyes de su religion y de su país, que concitaron contra sí la indignacion de sus deudos y de sus conciudadanos y se vieron poco despues abandonadas de sus falsos amadores, podrán respondernos. ¿ Qué ganó el Uruguay sancionando la libertad de cultos?